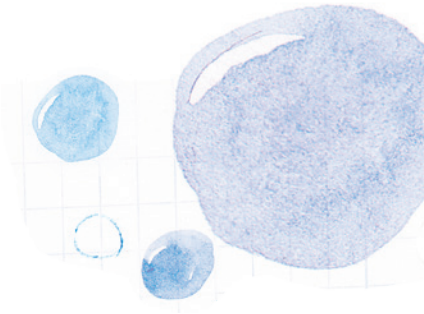
algar
COLECCIÓN CALCETÍN
El niño que llegó con la niebla
Paloma Sánchez Ibarzábal
Dibujos de Anuska Allepuz

1. Te llamaré Tim



Cuando aquella mañana la señora Mirna salió de casa, el sol la cegó. Llevaba demasiados meses viviendo casi en la penumbra y había llorado tanto que sus ojos estaban empequeñecidos. Ahora cualquier cosa los molestaba. El aire acarició su rostro y su cuerpo se estremeció ligeramente, pues estaba acostumbrada a las habitaciones sin ventilar donde vivía.

La señora Mirna bajó por la acera arrastrando los pies como si fuera a un entierro. Y a cada paso se decía:

–Solo daré un paso más y me vuelvo a casa.

Había salido a la calle solo porque el médico llevaba meses regañándola. Y la pesada de su hermana Elisa también había insistido demasiado en que debía hacerlo. Pero la verdad es que Mirna no tenía ninguna gana de pasear.

–¡Un paso más y me vuelvo a casa! –se iba repitiendo desde hacía ya al menos ciento quince pasos.

Al fondo de la calle divisó cómo la niebla llegaba al barrio.

–Tapará este sol tan radiante y vendrá el frío... ¡Y yo me volveré a encerrar en casa! –se dijo Mirna.

El barrio donde vivía Mirna estaba en lo más alto de la ciudad. Ahora la niebla subía por la calle, avanzando lentamente. Pronto, si seguía caminando en esa dirección, se encontraría envuelta en medio de esa nube blanca. Y... así fue.

Entró en la nube sin que le importara demasiado no ver nada.

–Total, para lo que hay que ver... –se dijo.

Pero al cabo de unos diez pasos, chocó contra algo.

–¡Huy! –exclamó, y levantó los ojos más allá de sus zapatos.

–¡Huy! –repitió alguien frente a ella.

La señora Mirna miró a través de la niebla. Y sus ojos distraídos se toparon con aquellos dos ojos negros, grandes y brillantes que parecían dos estrellas. Era un niño de unos... seis años, más o menos.

Quizá siete... ¡u ocho!, pensó Mirna. Todo podía ser... porque parecía menudo. Era flacucho, estaba sucio, los brazos largos y huesudos. Pero lo que peor le pareció fue que... ¡iba completamente descalzo! Y con ropa tan ligera para el frío que hizo que a Mirna le provocara un escalofrío solo con verlo.

–¡Esto no puede ser! –dijo Mirna.

–¡Esto no puede ser! –repitió el niño.

–¿Cómo te llamas? –preguntó Mirna.

–¿Cómo te llamas? –repitió él.

–Yo me llamo Mirna. ¿Y tú?

El niño la miró con sus dos ojos negros y brillantes como estrellas.

–Yo... pues... ¡yo no lo sé!

–¡Eso no puede ser! –dijo Mirna extrañada.

–¡Eso no puede ser! –repitió el niño.

–¿Dónde está tu mamá?

–No tengo mamá –respondió él.

–¿Y tú papá?

–No tengo un papá.

–¿Quién se encarga de cuidarte entonces?

–Nadie y... ¡cualquiera!

–¡Eso no puede ser!

–¡Claro que puede ser! –replicó él.

–¿Dónde vives?

–En cualquier parte.

–Un niño como tú no puede andar solo por el mundo.

–¡Sí que puede!

El viento sopló alrededor y ambos temblaron.

–Brrrr... ¡vaya frío repentino! –se quejó Mirna.

Y con el frío repentino le llegó una idea repentina.

–Estás flacucho y además, medio desnudo. ¿Quieres venir conmigo? Cuidaré de ti hasta que... hasta que...

–¿Hasta que me vaya? –terminó la frase el niño.

–Pues eso... Cuidaré de ti hasta que te vayas.

El niño sonrió y asintió.

–Ummm... He de llamarte de alguna manera si no tienes nombre –dijo Mirna pensativa–. ¡Ya sé! De momento te llamaré Gus. ¿Te parece bien?

–¿Gus... de Gusano? –se extrañó el niño.

–¡No...! ¡Gus de Gustavo! –aclaró Mirna.

El niño lo pensó.

–Gus, Gus, Gus... ¡No me Gus-ta!

Mirna se sintió contrariada y pensó otro nombre rápidamente.

–Entonces... ¡entonces te llamaré Tim!

–Tim, Tim, Tim... ¡Tim de Timonel...! ¡Ese sí me gusta!

En realidad, era Tim de Timoteo, pero Mirna decidió no aclarar nada.

Y cogió de la mano al niño de los ojos negros y brillantes como estrellas, dio media vuelta y lo llevó con ella.

Así fue como Tim, el niño que salió de la niebla, llegó a la vida de Mirna.